

En Berlín, donde no llega el mar, hay, sin embargo, baños de ola, que también aprovechan las grandes asociaciones naturistas que cultivan la belleza del desnudo

Veinte Minutos  
enero 13/31

149

El «desnudismo» es, en pleno siglo veinte, como un retorno a los días en que nacía la humanidad

**A**LEMANIA, con su cultura, es un exponente de modernismo muy en armonía con las ideas que, en general, se llaman «de vanguardia».

Por todo el mundo se proyectan, con un éxito extraordinario, las películas de producción alemana, que dan una sensación de arte inefable al presentar las líneas artísticas de un desnudo puro, donde toda idea bastarda desaparece.

En Berlín, al final del barrio modernísimo y distinguido que comprende el llamado Westen, con el nombre de Luna Bad, hay un establecimiento, ultramoderno, de baños de ola.

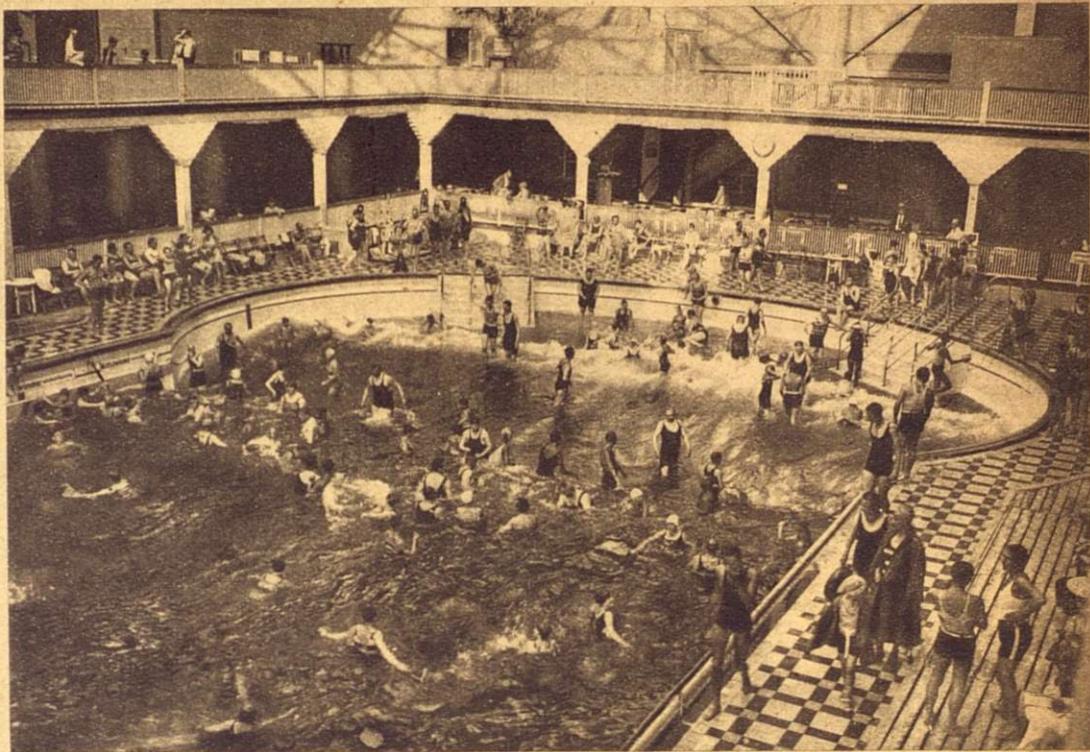
Un aparato patentado, eléctrico, produce un movimiento rítmico en el agua, convertida en agua marina artificialmente, a base de sales de cloro, y produce el vaivén acompasado que en el mar crean las olas naturales al surgir de las entrañas del agua, para hincharse, progresivamente, hasta romper su volumen enigmático en las arenas de la playa.

A compás, como el flujo y reflujo de la marea, en un continuo movimiento de resaca, suave, pero bastante vigoroso para que produzca los efectos de los baños de ola regulares en una playa natural, con el fondo uniforme, el agua salada de la gran piscina del Luna Bad se mueve desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, con media hora de reposo cada dos horas.

En esa media hora que dura la tranquilidad del agua en la gran piscina, desde diferentes alturas, perfectamente medidas, los bañistas ensayan los saltos al agua en todas formas y posiciones, desde el sencillo, al alcance de cualquier bañista, hasta el complicadísimo y acrobático doble salto mortal, descrito en el aire con mucha gracia y cerrado en el agua con gran destreza.

Allí, en aquella piscina de agua salada, se celebran campeonatos de «polo acuático» y carreras de natación muy emocionantes.

«Todo Berlín» acude al Luna Bad, que, según las horas del día o de la noche, presenta diferente público. Es costumbre que apenas las muchachas empleadas en las oficinas de Berlín salen de ellas, por haber terminado en el día su trabajo, vayan a la gran piscina de olas artificiales, para pasar un par de horas antes de lanzarse a los *dancings*, que las esperan con los brazos abiertos.



Las olas, al romperse en la playa artificial, dan la sensación de un rincón del mar transportado al centro de Berlín

Alrededor de la piscina hay una doble galería, con mesitas, donde el público bebe lo que desea, almuerza, merienda y cena.

Hombres y mujeres de todas edades, predominando, naturalmente, la representación del bello sexo, en su espléndida juventud, acuden al Luna Bad, y en *maillots* elegantes, artísticos, perfectamente ceñidos, sin constituir más que la forma exterior de justificar el «no desnudo», entran y salen en la piscina, bañándose, saltando, gritando, riendo, siendo felices, en una camaradería simpática, que provoca esa confianza natural que da el desnudo.

Contiguo a la piscina hay un gran *solarium*, donde, después de bañarse todos, reposan tendidos al sol o juegan, entre sí, para buscar la reacción natural, que los rayos solares y el movimiento de los músculos, al acelerar la circulación de la sangre, producen.

Dos veces a la semana, en ese mismo establecimiento, pero a puertas cerradas, naturalmente, realizan sus ejercicios de cultura física, alternados con los baños en la gran piscina, los numerosos miembros que constituyen la Asociación, principal, de Berlín, cuya finalidad y títulos corresponden a la cultura «del desnudo» en todas sus manifestaciones artísticas y físicamente culturales.

Esta Asociación, que comprende en Alemania varios cientos de seres de todas edades y de los dos sexos, posee en los alrededores de Berlín, cerca de un río, terrenos cercados, en los que no pueden tener acceso más que los miembros de la Asociación, y donde, al entrar, todos se dirigen a un edificio con cabinas, donde se desnudan, saliendo después al aire libre, dentro del recinto que pertenece a la Asociación, donde corren, reposan, juegan, leen, hacen ejercicios físicos, se bañan, toman el sol y hacen la vida que les parece durante todo el día y a cualquier hora. Pero la condición esencial para estar por allí, según los estatutos de la Asociación, es el desnudo.

Al Luna Bad acuden los miembros los días marcados en los reglamentos.

Lo mismo en las reuniones que se celebran en el Luna Bad como el terreno que pertenece a la Asociación, al aire libre, está rigurosamente prohibido que alguien extraño a dicha Asociación, y vestido, naturalmente, pueda asistir a ellas bajo ningún pretexto. Si alguien quiere convencerse de la finalidad cultural y la seriedad de la organización de estas Asociaciones, es, desde luego, admitido como huésped, tanto en el recinto al aire libre como en los baños, pero con la condición precisa de asistir a dichas reuniones como todos los miembros de la Asociación; es decir, al desnudo.

Después de haber obtenido del presidente de la Asociación, un ilustre abogado berlinés, el permiso correspondiente, en mi calidad de periodista extranjero que deseaba convencerme, para poder decirlo a mis lectores, de la moralidad, seriedad y buena organización de estas reuniones, asistí con el director del Luna Bad — y los dos vestidos, naturalmente — a una de las reuniones que la popular Asociación berlinesa celebró una noche en la gran piscina.

Allí pude ver cerca de mil personas de los dos sexos, de todas eda-



Todos desnudos, sin ropa alguna, solamente algunos hombres con gafas circulaban por los alrededores de la piscina; se bañaban, hacían ejercicios físicos a compás, que el maestro, desde la parte más elevada del recinto, y también completamente desnudo, marcaba con golpes sordos de pandero. La visión de toda aquella carne humana, en masa, me hizo comprender en seguida que, efectivamente, aquello, lejos de ser inmoral era naturalísimo. Hombres y mujeres, entremezclados, moviéndose naturalmente, sin dar importancia a su desnudez, sin que en sus ojos se viera la menor malicia, vivían unas horas con una lógica tan inocente, que no era posible suponer, observándolos a todos, la menor intención equívoca. El presidente de la Asociación me dijo:

—El principio de esta Escuela es natural. Al mundo se viene desnudo; nalgie nace con un traje. Las primeras generaciones humanas vivieron la vida de la Naturaleza. Solamente la malicia de los hombres ha creado el traje para dar importancia a lo que no la tiene, por la ocultación. Nuestros estatutos son inexorables. La menor falta, la intención más insignificante que nuestros vigilantes, mezclados entre la masa de los individuos que pertenecen a nuestra Asociación, observan, basta para que, automáticamente, se expulse al culpable. Y puedo asegurar a usted que no solamente no hay expulsiones, sino que,



ción por esa corriente misteriosa que hace comprender a las mujeres, aunque no nos vean ni nos miren, que las admiramos.

Unos se bañan. Otros contemplan. Todos son felices

Esta psicología era, precisamente, un estudio profundo de la modalidad y el fundamento de «aquello» que estábamos presenciando. La rubia bella, sintiéndose contemplada por nosotros, no percibía ningún rubor, porque entonces, para ella, su desnudo absoluto era algo hierático, solemne, natural. Se sentía aquella mujer *vestida*, con la propia naturalidad del acto que estaba realizando, porque entonces su desnudo era cultural: en masa, en conjunto, sin malicia alguna, sin prejuicio de ninguna clase...

Dos o tres días después, en un tren subterráneo, encontré, sentada enfrente de mí, a la bella rubia del Luna Bad. La miré. Me reconoció. Sin poderlo evitar, un rubor rápido coloreó intensamente toda su cara. Entonces, solamente entonces, aquella mujer sintió vergüenza al verme.

Y es que entonces estaba vestida.

ADELARDO FERNANDEZ—ARIAS



Felices los bañistas, dejan acariciar sus cuerpos con la espuma picante de las olas que se rompen

por el contrario, se conciertan entre nosotros muchos matrimonios.

Después de terminar la hora de la reunión, todos se fueron vistiendo,

y detrás de la galería circular de la piscina, a los acordes de una música que un altavoz transmitía por radio, aquellas personas que antes había visto yo desnudas, entonces, vestidas, bailaban con entusiasmo.

Al presentarnos el director del Luna Bad y yo en la galería que circunda a la piscina, vestidos, todos los miembros de la Asociación, algo contrariados, habían preguntado quiénes éramos y por qué se nos permitía estar allí. El presidente de la Asociación explicó el motivo de nuestra presencia, y todos se tranquilizaron.

Entre todas las mujeres allí presentes, había una muchacha rubia, encantadora, que, indudablemente, era la más perfecta de todas las de la Asociación. El director del Luna Bad y yo la habíamos contemplado varias veces al pasar frente a nosotros, admirando su plástica armónica. Y ella había sentido nuestra admira-

Un rincón más elevado, donde los rayos del sol suelen ser más eficaces, sirve para que un grupo de bañistas se reúna confortablemente

